

Aproximación a Lezama *

El mentado barroquismo de Lezama Lima exige, y exigirá por mucho tiempo, la instrumentación de claves interpretativas progresivamente refinadas: «trovador hermético y barroco» le llamó Rafael Conte; Esther Gimbernat ve en *Paradiso* «la contracifra de un sistema poético»; E. Guillermo y J. A. Hernández la ven como «culminación del barroco cubano»; A. R. Quintián considera a Lezama Lima como «escritor neobarroco», lo mismo que Severo Sarduy; «aproximaciones» denomina su estudio sobre *Paradiso* Julio Ortega. Barroco, neobarroco, contracifra, aproximaciones: palabras que delatan la complejidad interpretativa de ese extraño producto literario que es *Paradiso*, la variedad de lecturas que ofrece, el reto constante que lanza al lector para que complete en sí la obra.

En esta tradición de desciframiento se sitúa la obra que comentamos. Ya Cortázar había caracterizado a *Paradiso* como un tratado hermético, como una poética. Para la autora no es, efectivamente, una novela como tantas otras, pero, en contra de otros puntos de vista divergentes, afirma que sí es una novela, no una yuxtaposición de capítulos —poemas— autónomos. Ciertamente que Lezama se consideraba a sí mismo ante todo un poeta; cierto también que el tratamiento de la palabra en la novela es eminentemente poético. *Paradiso* es un esfuerzo de la memoria para explicarse el camino seguido hasta la consecución de lo que Lezama denomina *Sistema poético del mundo*, formulado en la madurez. En una de las cartas a su hermana Eloísa dice: «El tema de esa novela es el Eros del conocimiento, en la niñez y en la adolescencia.» La autora comenta: «Ese “eros” del conocimiento encarnado por Oppiano Licario es lo que José Cemí persigue en su trayecto vital, y a través de él el propio Lezama expresa, alegóricamente encarnado, su proceso poético.»

Antecedentes de este proceso de creación existen en la literatura, y a este propósito se ha recordado a Proust, pero cualquier parecido al respecto ha sido enérgicamente rechazado por el propio Lezama, recabando el derecho y el hecho de la propia irrepitibilidad —la de José Cemí—. De cualquier forma, la explicación trascendente a la obra misma poca o ninguna luz puede arrojar sobre su sentido. Por ello la autora se lanza a un análisis inmanente en busca de la cifra, la clave, la iluminación, en una palabra.

Ampliando el punto de vista del propio Lezama —«la novela... es un Wilhelm Meister habanero»— y el de algún crítico que lo ha visto así, considera a *Paradiso* como un mito, como el producto del propósito lezamiano de convertir la propia vida en una especie de tradición sagrada que, construida de acuerdo con modelos también sagrados, pueda alcanzar la perdurabilidad. Por ello, la entraña mítica que conduce en el fondo el itinerario vital del hombre, rige también el mundo de *Paradiso*, en el que arquetipos, simbologías y esoterismos configuran un mundo singular. Pero es indiscutible que la estructura última de la obra está marcada precisamente por la experiencia de su personaje principal, José Cemí, y toda ella constituye una especie de

* RUIZ BARRIONUEVO, CARMEN: *El «Paradiso» de Lezama Lima*. Insula. Madrid, 1980, 121 págs.

proceso iniciático en el que el joven Cemí va a conquistar el grado máximo de su destino vital: su don de poeta, es decir, la sofrosine o el ritmo hesicástico».

Sentado este punto de vista, la autora se servirá de la falsilla analítica que le suministrarán determinados antropólogos e historiadores de las religiones (Mircea Eliade, Joseph Campbell, Juan Villegas) para la descripción de la aventura mitológica del héroe —José Cemí-Oppiano Licario-Lezama—, según los distintos momentos rituales —separación-iniciación-retorno—, y siguiendo una secuencia de mitemas: de la llamada, del maestro, del viaje, del cruce del primer umbral. El propio Lezama ha dado pie y pauta para esta lectura con palabras expresas, y, en general, con la tradición esotérica en que se sitúa su obra. Una interpretación estructuralmente paralela a ésta es la de Jaime Valdivieso que concibe la novela como un gran mito órfico en el que José Cemí desciende al Hades como Orfeo en busca de la autenticidad.

Sobre esta trama general se realiza una interpretación en la que hechos, símbolos, referencias, personajes, cobran un sentido en torno al destino del héroe. Lezama vuelca en la palabra todos sus amplios conocimientos al servicio de una historia que se torna sagrada: mítica. De este modo, aparte la intrincada simbología procedente del mundo griego —orfismo, pitagorismo, platonismo—, de la tradición hermética, o de la cristiana, hechos y personajes se vuelven a su vez simbólicos, como sucede en todo relato mítico. Ardua labor de desciframiento que exige del intérprete conocimientos que van de la filología a la mitología, de la filosofía a la teología.

La obra entera de Lezama —como él mismo confiesa— es una obra de «poiésis», de poesía. Esta brota del encuentro entre lo incondicionado y lo causal, pero su hipertelia la lanza continuamente hacia el *cosmos noetós* platónico, mundo de lo incondicionado, donde la seriación causal y la dispersión en el espacio y el tiempo se reasumen en la unidad. Por lo mismo, y como en Platón una vez más, la búsqueda de las palabras poéticas es una anagnórisis, una vuelta a lo primigenio. El centro de esta concepción lo constituye la imagen, centella del Todo o de lo incondicionado que el poeta puede alcanzar: la única manera de concebir el ser es en imagen. Como dice Lezama: «Lo que se reconoce se torna imagen. Lo que hace posible ese reconocimiento es la metáfora». Metáfora: red tendida a la caza de la analogía, de las semejanzas, «para precisar cada uno de los instantes con un parecido». Metáfora: operador de la anagnórisis o reconocimiento. La *vivencia oblicua* cubre lentamente el recorrido que va de lo causal a lo incondicionado; el *súbito* desde lo incondicionado sobre la causalidad y consiste en que dos cosas distintas sugieren imaginativamente y de manera repentina por su relación con una tercera. El intercambio entre ambas crea la posibilidad infinita, pues a través de la imagen se crea un tiempo resistente. De este modo, a través de la imagen se consigue la inmortalidad, palingenesia o resurrección, pues el hombre no es un ser para la muerte. Estas categorías son las fundamentales en esa búsqueda del conocimiento a través de la poesía y que constituye el itinerario de José Cemí en *Paradiso*.

A partir de estos elementos la autora se dedica al desentrañamiento de lo que considera el proceso de formación de Cemí y su base platónica.

Un último capítulo analiza los procedimientos de la palabra en *Paradiso*: Lezama como escritor neobarroco; un breve estudio de las imágenes y metáforas, con

clasificaciones y ejemplos; el humor y sus formas; por fin, el trasfondo cultural de Lezama a través de sus citas y reminiscencias.

Conocedora de lo que la crítica ha dicho hasta ahora sobre *Paradiso*, la autora hace sus propias aportaciones, indudablemente valiosas, para la iluminación de una obra que con razón ha sido considerada hermética. El mérito de esta obrita no radica tanto en los desciframientos de detalle —que son numerosos—, como en el trazado de líneas de fuerza interpretativas.—MANUEL BENAVIDES (*Angel Barajas*, 4, POZUELO. 28023 Madrid).

La obra de José Angel Valente

La obra de José Angel Valente tiene en estos momentos un doble interés: el de ser, como toda gran obra, testimonial, y el de abrir un espacio de exploración y esperanza del mundo.

Valente nace en Galicia en 1929, estudia en su tierra natal y termina sus estudios en Madrid. Pronto viene un exilio voluntario: Inglaterra, Suiza y París en la actualidad. Su formación une, a lo tradicional de su patria, el bagaje de una visión foránea muy amplia¹. Conocedor de lenguas y literaturas en la propia vitalidad de sus culturas, y dentro de los contornos concretos de unos años críticos en la evolución humana, la formación cultural de Valente, como puede observarse a través de sus ensayos reunidos en *Las palabras de la tribu*, es de una gran lucidez y un gran vigor. El poeta ha vivido una experiencia en solitario, capaz de amplios enriquecimientos, con mirada independiente y objetiva, pero sin perder nunca los contornos reales de su propio país. No es jamás insolidario aunque se despegue de la «manera» que en cada etapa ofrece el grupo de sus coetáneos. Antes bien, es una conciencia aguda, vigilante, con esa sutileza especial que tiene la mirada lírica auténtica.

La obra de José Angel Valente es —como muy bien ha visto Milagros Polo— el retablo de un tiempo nuestro, nuestro y de los «otros», y la exploración más allá de la Historia, y en la historia, de una inmensa cantera de posibles filones de esperanza. La destrucción a la que el poeta lleva, con su palabra dura y fulgurante, los ruinosos mitos de una «edad de plata», es la conjunción de una necesidad histórica y de una visión auténticamente lúcida de nuestra situación. A partir de su primer libro, «A modo de esperanza», es el pulso cierto de nuestro tiempo, el desmoronamiento de viejos mitos y formas decantadas que aún tratan de sobrevivir.

La visión del poeta se cruza entre la vertical mirada de lo sacro y la horizontalidad de la historia. Mirada múltiple y profunda que avanza coherente a lo largo de su obra. Milagros Polo ha señalado esos campos de atención del poeta: la Memoria, el Poder, la Ortodoxia religiosa, la reflexión sobre el Hecho estético y el ámbito oscuro e

¹ George Steiner: *Extraterritorial*, Barral, 1973.